

El escultor

Mención:

Sergio René Lira Coronado / Facultad de Filosofía y Letras

Amigos y simples conocidos o compañeros de trabajo me dicen que vivo demasiado aislado, que ya es tiempo que buscara una buena mujer y me casara de nueva cuenta. Yo creo que tienen razón... en principio. Pero se me hace muy difícil encontrar una señorita adecuada a mis gustos, necesidades o costumbres.

Quizás deba decir, para que se me entienda, que soy un tipo de lo más metódico, cumplido y puntilloso en lo que a mi vida personal se refiere. Nunca llego retrasado al trabajo; lo que me ha dado muy buena reputación con el jefe y ha motivado que los compañeros de oficina me respeten o adulen, envidiosos de las consideraciones con las que me dispensa. En realidad, me gusta estar solo; desempeño mi trabajo sin molestar a los demás y saliendo me despido y voy en seguida a casa sin haber cruzado pláticas infantiles. También por esto, me respetan y hasta me estiman, creo yo, un poco.

Digo que soy metódico porque me gusta comer a mis horas. Si a causa del trabajo me paso media hora, prefiero no comer ya, sino hasta la noche, en que siempre leo el periódico y escucho música antes de acostarme. Los domingos acostumbro comer fuera o ir al teatro o al cine o, si no estoy fatigado, saliendo de uno entro al otro. No me colman las fiestas, ni los viajes, o cualquier cosa que signifique agitación o prisas. Prefiero caminar por las calles bordeadas de palmeras, de álamos o de jacarandas y observar simplemente la gente ¿por qué es feliz?

Una vez, hace años, caminé desde al centro hasta mi departamento en Narvarte. Gracias a ello pude ver dos choques de autos. En uno, el carro sufrió raspaduras de pintura, mientras el camión que le embistió huía. El otro accidente me satisfizo más. Era un pequeño automóvil encima de un poste, la trompa del carro hundida completamente y el poste ligeramente inclinado hacia el otro lado de donde recibió el impacto. Seguramente no tenía mucho de ocurrido el accidente, porque el círculo de espectadores estaba formándose. Atraído, me acerqué a observar.

Una señora de bata, con tubos en la nuca, chilló:

—¡La señorita no puede salir!

—¡Está sangrando! — Dijo el hombre de bigotes que llegó antes.

De golpe fue cuando la vi. Rubio el cabello cayéndole suelto sobre la espalda descotada con vestido rojo. Echada sobre el volante sollozaba, mientras gotas de sangre le escurrían del cráneo y ensuciaban el piso del

coche. Así estuvo unos instantes; las manchas se multiplicaban pintando charcos de cinabrio.

—Necesita un médico —Dijo el nuevo mirón de traje a rayas.

La muchacha pareció oírlo y reaccionó, luego lanzó un grito: —¡No puedo ver! — Y comenzó a gemir con fuerza. Se veía hermosa, delgada y alta. Temblores comenzaron a recorrer su torso como en *shimmy* arcaico y sicalíptico. La sangre borboteando muy roja. De improviso trató de erguirse e inició un giro de cintura, para quedar frente a mí, cara a cara. En este momento le vi el rostro. Tenía más heridas de las que yo suponía. Apenas le pude mirar los ojos glaucos —creo que seguía gritando que no podía ver. Tenía la nariz rota y la boca entreabierta, pues de entre los dientes hilillos bermejos mezclados con saliva manaban. Se veía muy bella estando frente a mí. La frente, pálida y los mechones de cabellos estrujados por sus manos, seguramente por el extremado dolor que sentía. No duró mucho así, porque le aumentaron los temblores y lentamente fue cayendo de bruces, torcida como estaba, hacia la calle, por la portezuela que se había abierto por el choque o bien, porque el hombre de overol la había arrancado para rescatar a la muchacha, no recuerdo.

En dirección al pavimento cayó, las manos como sosteniendo su cabeza y palpitando con violencia.

—¡Me muero! — Gritó.

—¡No se quede parado! — Me espetó la gorda de tubos.

—¡Necesita un médico! — Dijo y corrió el hombre del traje rayado. Caras de niños, bultos con señoras y bicicletas de repartidores. Varios automóviles detenidos con ruidos de cláxones.

Ella llegaba, entonces, a tocar el suelo desparramándosele la cabellera. Estaba todavía casi sentada ante el volante, pero colgando de la cintura para arriba como títere de trapo, de tal modo que el vestido quedaba muy arriba y se veían las ligas marcando apretadamente los muslos y que éstos engrosaban poco a poco, hasta donde la falda los cubría. Ciertamente era hermosa. Yo estaba deleitado en la contemplación.

Regresó el hombre con otro detrás diciendo: —¡Por favor, dejen pasar. Soy médico! — La muchacha lloraba y tembelequeaba como posesa.

—¡Me muero! — Se quejaba.

Al ver sus estertores recordé —quién sabe por qué— a mi gato, que así se sacudía, cuando hace tiempo lo rasgué, para ver qué tenía en su interior. En un momento dejó de agitarse la señorita, alcancé a ver sus ojos, pero mirando ya tras de mí, muy lejos y, sin esperar más, sin hacer otro movimiento perceptible se quedó exánime.

Ahí yacía sin moverse.

Me alejé en cuanto pude zafarme de cuerpos, codazos y gritos ¡Qué bella era! Pero cuán rápido había acabado. Sentí un pasado malestar que obligó a refugiarme en un taxi que me llevó a casa.

Cuando estaba pagando al conductor en la esquina de Vértiz y Morena, un enorme autobús de cristales de aparador casi nos echa fuera, al taxi y a mí, hacia el puesto de periódicos. *Cese del fuego en Vietnam*. Del enfrenón la joven que venía en la puerta para bajar cayó, doblada una pierna sobre la otra, en el asfalto. Aún alcancé a vislumbrar la sonrisa de robot, tras los cristales dentro de su máquina, del chofer, que aceleró alejándose.

—¿Se hizo daño? — Pregunté.

—No me puedo levantar. Ayúdeme — Contestó su mirada esmeralda taladrándome en demanda de auxilio. Alcéla en brazos. Regordilla, sin embargo, la sentí de pluma. La fui acompañando hasta su casa, recargándose en mi brazo, porque del golpe cojeaba. Encontré interesante su charla y después salimos juntos varias veces. Así fue como conocí a mi esposa. Esa tarde pienso que nunca la podré olvidar.

De viaje de bodas fuimos al mar. Todos adivinaban que éramos recién casados (porque reíamos mucho de nada). Nos reservaban los mejores lugares y nos atendían impecablemente. Nos gustaba estar horas lentas tomando el sol semienterrados en la playa, fumando y tomando "daiquiríes", hasta que las nubes de mosquitos nos corrían, no sin que antes, después de atraparlos con la mano, ejecutaran unos pocos con la punta de mi cigarro.

—¿Para qué los matas? Déjalos, de todos modos nos siguen picando —Dijo ella.

—¡Me gusta! — Tchszt quemé otro.

—¡Vámonos de aquí! . . . Deberías patentarte.

El sol demasiado rojizo por debilitamiento no hacía arder más la arena y pronto las luces del puerto brillarían reflejándose en las aguas.

—¿Patentarme? Por qué o de qué — pregunté medio ausente esforzándome por atrapar otro.

—De insecticida. Pero no . . . espantan a todos antes con el humo. Serías un rotundo fracaso.

—Pero me gusta ¿Crees que sufran? — Tiré la colilla.

Se había levantado sonriendo. Reí yo también. Empezó a correr, me puse a perseguirla hasta atraparle la cintura y caer rodando, carcajeándonos y besándonos, sobre la arena fina que nos enterró.

Tiempo después hube de reconocer que fue precipitado el casarme, pues no me pude acostumbrar a la manera de ser de mi mujer. Era perezosa, no me daba de desayunar, se levantaba muy tarde y por eso muchas veces tenía yo que comer en fondas. A mí siempre me gustó alimentarme bien, lentamente y en casa, teniendo enfrente a una esposa arreglada y peinada. Para mí, mientras duró, era un gran placer patir la carne al verme reflejado en las pupilas de ella. Deformado: pequeño, verdoso.

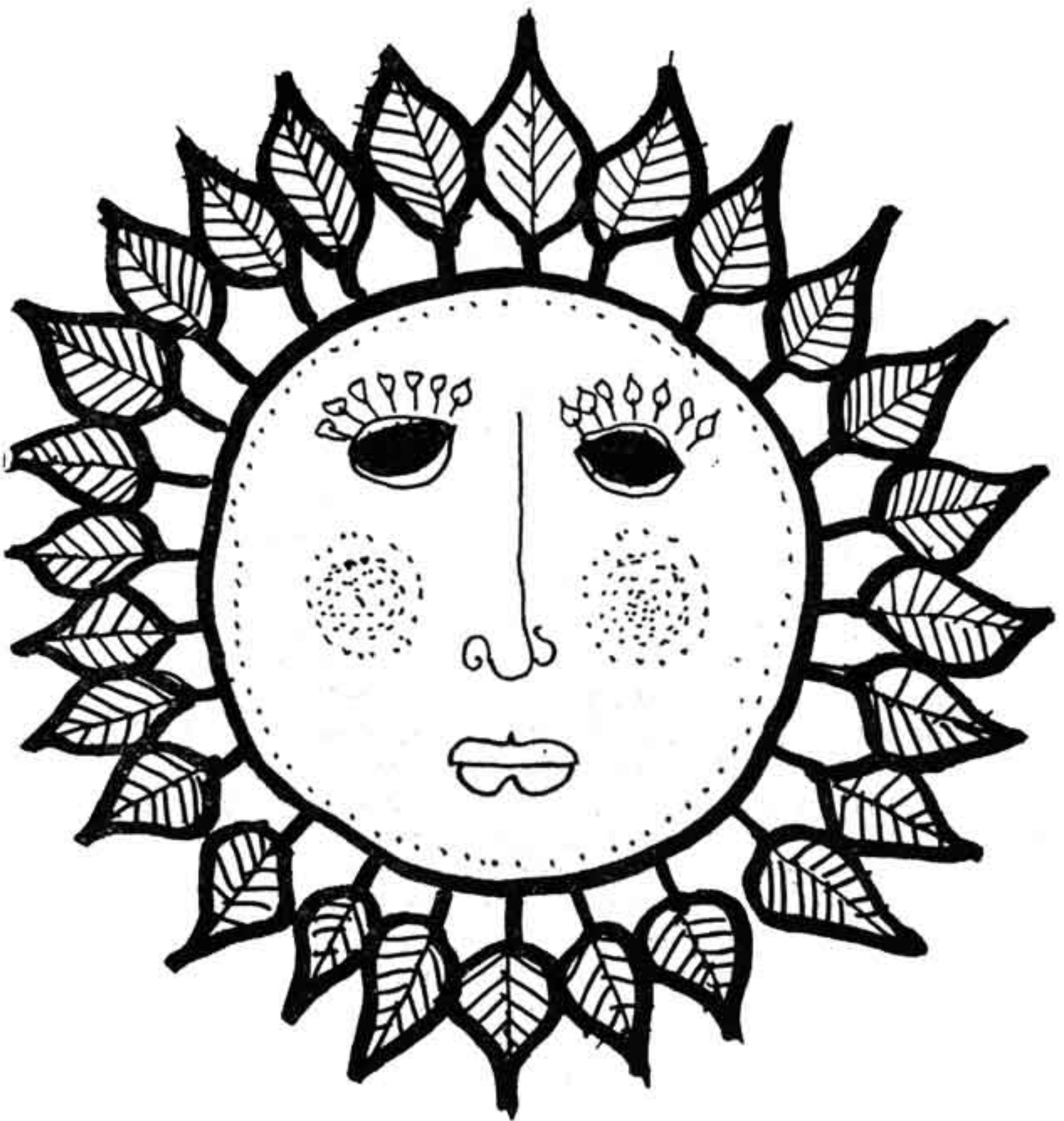
Pero no duró, era inaguantable su carácter, a pesar de que traté de ser un marido complaciente. Excesivamente caprichosa; había días en que no se vestía, desaliñada y sucia dejaba de hacer lo que tuviera que hacer y se sentaba frente a su espejo, peinándose horas interminables, en un arreglo perpetuo que no podía terminar jamás.

Desesperado, cierta ocasión, la metí bajo la regadera casi violentamente, para que se desperezara. Después le dio por vestirse con exótica elegancia y quería a cada momento regalos y más regalos —pantalones, vestidos, zapatos, muñecos. Después empezó a comer chocolates; en el espacio de un mes engordó ocho kilos que arruinaron su figura y yo, quebrado, tuve que pedirle al patrón un adelanto de mi aguinaldo. Me alteré mucho una vez que me quedé trabajando hasta muy tarde con el jefe —cosa por demás frecuente— —y regresando con ganas de echarme a dormir, me la encontré sentada en la alfombra de la sala, vaciándose la botella de cognac, que reservaba sólo para las grandes ocasiones, de copita en copita desde que me la había obsequiado el jefe hace años en una Navidad.

Pero lo que agotaba mi paciencia diariamente es que ella no lavara ni planchara mis camisas blancas, decía que para eso estaban las lavanderías automáticas o de franceses.

Así es que dejó de atraerme mi casa y empecé a salir con los compañeros de oficina a fiestas. En ellas no bebía porque no me gusta tomar. Me sentaba en un rincón a esperar que pasara el tiempo y, ocasionalmente, algún borracho solitario se sentaba a charlar conmigo. Regresaba a casa de madrugada, muchas veces encontrando bebida a la señora gruesa que decía ser mi mujer.

Una noche la encontré tirando al incinerador mi ropa limpia que usaría al día siguiente, me exalté como pocas veces lo he hecho, la tomé de sus cabellos rubios y la zarandé; ella desgañitaba aullando como loca, lo que me enojó más, y comencé a abofetearla, le di varios golpes hasta que

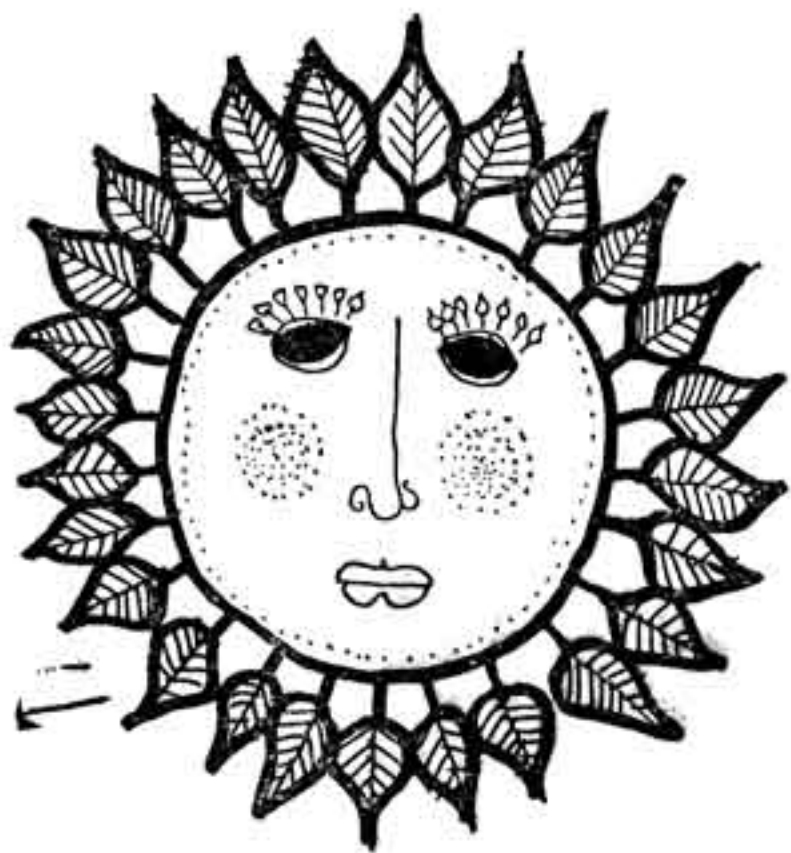


comenzó a brotarle sangre de las narices. Me asusté porque yo nunca había tenido impulsos tan agresivos y porque sentí un cosquilleo extraño . . . Descubrí que me gustaba.

Se hizo costumbre que la golpeará tres veces por semana. Creo que ella pensaba que yo llegaba ebrio, sin embargo no era así. Comencé a pensar de que forma librarme de esa mujer que me había engañado y que dada la vida que hacía, se le habían cambiado los ojos de esmeralda a pardos. —Bebe para olvidar tus penas —me animaban burlones los compañeros. Una noche insistieron tanto que no tuve otro remedio que tomar y tomar hasta sentirme muy mareado. Llegué a casa y desperté a mi mujer, que ya estaba dormida. Entonces tuve un impulso incontenible —todo girándome— y arrojé el florero y el cuadro y el cenicero y los vasos al piso. Me lancé sobre ella que no opuso resistencia y la estuve apuñeteando, tenía calosfrío de la emoción, no quería estar haciendo otra cosa.

—¡Ay! . . . ¡Suéltame! —Fue lo único que oí en un grito largamente prolongado, que no cesaba. Permanecí de esta forma no se cuanto tiempo, subiendo y bajando el brazo con toda la energía de que era capaz. Cuando me di cuenta, mi mujer ya no hacía ni decía nada. Sus ojos abiertos más de la cuenta parecían mirar a través de mí. Los mechones de cabello estaban pegajosos del sudor de mis manos. Rápidamente la senté en el diván con el cuerpo colgado hacia adelante, haciendo que su rostro se encontrara con el mío, pero la semejanza dejaba todavía mucho que desear. Fui a buscar el cuchillo de cocina —hasta esta molestia tenía con mi señora— para poder hacerle los debidos intersticios. Conforme los hice la savia púrpura se derramó desde su frente. Pero aún faltaba algo, algo que cuando lo recordé me llenó de alborozo: le subí la falda un poco más arriba de las ligas de las medias. Había olvidado que sus piernas eran bellas torres de cantera rosa. Ahora el parecido era perfecto. Yo arriba, ella abajo. Yo contemplando extasiado el hermoso cuadro; ella pálida parecía extinguirse como en el accidente. Sentí que sus ojos otra vez me horadaban, sentí deseos de besarla, de poseerla nuevamente aunque estuviera muerta. Habíase desvanecido su gordura, sus ojos recobrado el jade deslumbrante. Era tan hermoso el cuadro como cuando la levanté del pavimento la tarde en que la conocí, como la señorita fallecida en el choque, como mi gato destripado.

Entonces si sentí palpar su cuerpo con vida, se empezó a mover —ahora pienso que me engañaron mis sentidos, porque abiertos los ojos tenía que estar muerta—; pero en ese momento no pensaba y me enfureció sobremanera que no se ablandara a participar en mi obra, en mi suprema obra que estaba creando. Por lo que tomé otra vez el cuchillo y se lo clavé calculada, certeramente en el corazón. Más burbujas de espesos rubíes licuados emergieron reflejando brillantes a la luz de la lámpara. Ella no se movió, desde antes no se había movido. Al fin cooperaba conmigo, su esposo, mi adorada, idolatrada mujer. Ahora era infinitamente hermosa, mejor que un ángel. Pero una preocupación revoloteante no me dejaba en paz, de pronto se me hizo la luz en el cerebro y comprendí lo que faltaba por consumir, dándole el toque final a mi creación, a nuestra creación, de ella la materia moldeable y yo el artífice. Después de desnudarla empuñé el cuchillo y desgarré su pecho utilizando todas mis fuerzas para separar costilla por costilla apretando cada órgano interno palpando su forma, su carne, sus arterias, sus músculos, sus vasos, sus tejidos, su grasa. De tanto que sudaba sentí sed y por calmarla bebí un sorbo de su miel roja dulcemente pegajosa, pero fresca. Fue la gran consumación del acto. Sentíme fantásticamente leve en gozo supremo. El tiempo dejó de transcurrir y todos los objetos y seres se metamorfosearon en su verdadera presencia, misteriosa e inescrutablemente bella —¡esto, esto es vida—. Al tiempo que nosotros dos, todopoderosos, regíamos ese universo armónico



de cristales caleidoscópicos con formas y olores nuevos. Ella abajo, yo arriba. Mirádonos sin ver. Únicamente percibiendo el lado superior de las cosas, que se esconde en la vulgaridad cotidiana. Así estuve concentrado, reflexionando por los sentidos un instante y un infinito, hasta que el sol matutino, entrando por la ventana, quemó mi espalda. Tuve que hablar a la oficina y mentir que estaba enfermo. Todo el día apliquéme en limpiar el departamento. Lavé el piso raspándolo para que no quedaran manchas del óxido herrumbroso en que se convierte la sangre seca. Reacomodé cada pieza en su sitio. Embalé el cadáver en una caja larga. Al oscurecer renté un carro y tomé rumbo a Taxco, hasta llegar a una barranca que me pareció adecuada, donde me deshice del cuerpo.

Al día siguiente regresé al trabajo. Conté que mi mujer me había abandonado llevándose dinero y joyas. Nadie puso en duda mis palabras y me consolaron y animaron. Pude recobrar mi vida normal de antes de casado. Sin embargo, por precaución me mudé a un edificio nuevo.

De esto hace ya bastante tiempo. Quise aprender enfermería en unos cursos nocturnos. Ayudo una que otra noche en la Cruz Roja gratuitamente y pronto recibiré el diploma que me acredita como auxiliar de cirujano. Lo mejor es que sé perfectamente utilizar —y trabajo y sudor me ha costado— el bisturí y las tijeras. He comprado el estuche que contiene el juego de piezas, de muy buena marca, importado de la India. Mi entretenimiento ha sido conseguir gatitos, que a veces compro porque escasean mucho en el vecindario, y destazarlos poco a poco en una mesita de muñecas, que adapté de operaciones para el “efecto”. Sé que no es gran cosa escudriñarlos. Pero mientras no me descuido para efectuar, cuando se llegue la hora, algo mayor y, sobre todo, no siento tan vacío mi espíritu.

De este modo he vivido tranquilo y...

—¡Ey tú, pigmeo! Ven a conocer a la nueva. Deja de escribir. —Me acerco a los compañeros.

—A ver si el solitario se lleva bien con ella —dice otro.

—Galia Páfoz—.

—Mucho gusto. León Contreras—. Es morena pero tiene los ojos claros. Los otros se van a sus ocupaciones, mientras nosotros seguimos hablando un momento. Después de todo —pienso— creo que he estado demasiado solitario. Tal vez debiera quebrar esta monotonía. Por qué no buscar perfecciones aún en lo que no es de por sí excelso. Hallazgos. Y quizás con el cabello teñido de oro. Pregunto: —¿Podríamos comer juntos hoy?